



***Oratio solemnis* en la inauguración del curso académico 2024-2025**

JOSÉ MANUEL LORCA PLANES

Obispo de Cartagena

Se fio de mí y me confió este ministerio (1 Tim 1,12)

HE ACEPTADO ESTE RETO

He aceptado este reto, porque ha llegado ya el momento, cuando suenan las trompetas de Jericó indicándome, que un cambio de ritmo está próximo y como decía Manuel Machado: *Es tarde... voy de prisa por la vida. Y mi risa es alegre, aunque no niego que llevo prisa...*¹ Esta es la costumbre del tiempo. Les puedo asegurar que mi atrevimiento para aceptar escribir estas líneas no ha sido por las presiones del director de este Instituto Teológico San Fulgencio, que no lo hizo como presión. Quizás ha sido, que he visto la oportunidad de enfrentarme a mí mismo, cosa poco frecuente, pero necesaria, y poner negro sobre blanco algunas cosas o, lo que es lo mismo, hacer un repaso a mi realidad, casi, casi, como un pequeño examen de conciencia. Aprovecharé la ocasión para señalar los que han sido los pilares de mi vida o los principios que me han sostenido, pero desde la verdad, no al estilo de Groucho Marx en su célebre expresión: *Estos son mis principios, si no les gustan tengo otros*. En esta simple confesión,

1 Manuel MACHADO, de su poema, *Retrato*. Este poema se publicó en la sección «Poetas del día», de *El Liberal* el día 25 de febrero de 1908, y encabeza su libro: *El mal poema*, de 1909.

verán ustedes que es verdad que yo no tengo otros y que siempre han sido los mismos, aunque a alguien le parezca que son más aburridos que el color de la ropa de mi armario.

Al comenzar a escribir esta aventura, os ruego paciencia porque no voy a decir nada nuevo. Soy consciente de que mi vida no es tan interesante como para restar a vuestro tiempo ni un solo instante. Me conformaré al final, cuando toque la campana, que nos despedamos sin obligaciones, sin paripés, sin fingimientos, ni disimulos... y cada uno a los suyos, que aquí no ha pasado nada. No me he atrevido a romper moldes. Así que, voy a ver qué pasa:

Querido Sr. arzobispo, Don Francisco, gracias por venir; Sr. director del Centro de Estudios Teológicos, Don Juan Carlos García Domene, el que me ha metido en este lío; Directores de las secciones presencial y a distancia; Rectores de los seminarios mayores, Claustro de profesores, Personal de administración y servicios, sacerdotes, seminaristas y alumnos; queridos invitados y amigos...

1. UNA MIRADA HACIA DENTRO

Coincido con el poeta Antonio Machado cuando digo que mi infancia son recuerdos...², sí, recuerdos que brotan de un manantial sereno y sencillo, aparentemente oculto, porque la fuente se encuentra en un rincón del alma. Pocas deben ser mis palabras, porque estoy mirando hacia dentro e intentando captar la universalidad de los sentimientos, más cuando estos vienen acompañados del cariño y de la buena gente que me he encontrado por los senderos de la vida. Durante los primeros años escuché muchas voces, unas que me sonaban a hueco, las de acá eran fruto de la verdad, aquellas de la belleza, las otras venían envueltas en dulzura; también hubo otras que venían de lejos y sus caras me parecían de preocupación, dolor o sufrimiento; por supuesto que reconocía las que son propias del amor de la familia; las de los amigos que Dios iba sembrando al pasar o las de la propia tierra y de sus tradiciones, de estas, no tenías que hacer esfuerzos, porque, era muy fácil reconocerlas, porque te identificas pronto con el orgullo de ser murciano y enamorado de tu tierra y vibras ante la exuberancia de los colores y perfumes de la huerta sultana. Es verdad, que si feraces son estas tierras, mucho más lo son sus gentes, que dan el corazón a cada instante con el esfuerzo, el coraje y la intrepidez de todos los que la mantienen tan bella con el sudor de su frente, como *murcianos de dinamita*³. Soy de Murcia, de este *cachito de cielo que Dios una tarde se dejó caer*.

2 Antonio MACHADO, *Campos de Castilla*, 1912. Este es uno de los poemas más famosos de Antonio Machado escrito en 1906.

3 Miguel HERNÁNDEZ, *Vientos del pueblo*, 1937.

De entre todas las voces, distinguí una con una especial claridad, Una entre todas que se hacía dulce como la miel e iba tomando posesión de mí, una voz que me sedujo y me dejé seducir. No me preguntéis como la fui distinguiendo, pero estaba seguro que era única, especial, seria, atrayente, era la misma voz que escuchaba en el Evangelio de la Misa dominical, la de Jesús. Fueron muchos los factores que iban entrando juntos al interior de mi persona y fue en la Iglesia donde me encontré con ese manantial sereno del que iba brotando el agua fresca que necesitaba para responder con un **Sí** muy grande y convencido. Sí, efectivamente, fue Jesús el que salió a mi encuentro en mi adolescencia; fue Él, quien llevó la iniciativa.

Me lo confirmó el coadjutor de mi parroquia, quien al decirle yo que me propusieron ir con los jesuitas a Madrid, se apresuró a decirme: *¿A Madrid? ¿por qué no en Murcia? Venga, no te preocupes que yo te ayudo a arreglar esto, voy a hablar con los superiores del seminario y te quedas en Murcia.* Me pareció bien, porque estaba perdido en esa aventura. No sabía que era eso del seminario, no lo conocía, pero me tranquilizaron sus palabras. Este sacerdote me acompañó al Seminario Menor y me presentó a los superiores.

Yo era un chiquillo que, como todo niño, anduve siempre por los caminos y las sendas de mi huerta, conocidos para unos y queridos para otros, atravesando bancales para ir a la escuela, bañándome en acequias y brazales en los calurosos días del estío, disfrutando de los primeros olores del azahar y de las sombras de las higueras en el verano... todo lo recuerdo con tanta pasión que es imposible borrarlo de la memoria. Estos recuerdos me han acompañado siempre y me he sentido muy dichoso. Está grabado en mi memoria que desde el portal de la casa de mis abuelos se veía con toda claridad la sierra de la Fuensanta y el santuario de la Virgen. Estoy seguro de que igual que yo la veía todos los días también Ella me miraría, por eso, ha estado muy presente en mi vida y nada tiene de extraño que para un murciano la Virgen de la Vega ocupe un lugar especial en lo más hondo del corazón. Esta es mi verdad, mi pobre realidad personal.

Visto desde ahora, cuando miro hacia atrás, me pregunto cómo el Señor pudo fijarse en mí y llamarme para ser sacerdote y siento un honor muy grande, inmenso, tan inmerecido, que nunca me lo había imaginado en mis sueños de niño por considerarlo tan glorioso, tan grande. ¿Cómo podría yo aspirar a eso si las nubes son demasiado altas para un crío de pantalón corto? Puedo asegurar que jamás me he arrepentido de haberle dicho al Señor, ¡cuenta conmigo!

Confieso que he aceptado este honor, que yo lo titulo *este reto*, que excede mis ambiciones y mis merecimientos, con mucha ilusión, aunque haga el ejercicio de no mirarme a mí, sino hacia todos los que estamos participando de

la misma historia. Os digo que no pretendo envanecerme, o contar grandezas, porque un hombre nunca debe perder el contacto con el suelo, ni debe querer representar mayor estatura de la que tiene. Los pedestales, como dijo Machado, solo deben servir para las estatuas, mejor si estas son de santos o de héroes. Los que me conocen saben que no soy ni un santo ni un héroe, aunque sí me gustaría ser un buen cristiano y una buena persona.

2. ¿CÓMO NACÍO MI VOCACIÓN?

Una vez, en una entrevista de un medio de comunicación digital me hicieron esa pregunta y siempre me cuesta resumir, porque no es tan fácil, eso siempre es complicado, pero el comienzo fue sencillo. Tengo muy claro que fue Dios el que salió a mi encuentro, recuerdo el momento histórico cuando un amigo que, por cierto se llama Ángel, me hablaba de su posible vocación y de cómo me influyeron sus palabras y su decisión en mi interior, de tal forma, que a partir de aquel momento fui interesándome por acercarme más a Dios. Dije antes que no lo busqué yo, fue el Señor que se sirvió de aquella mediación, de aquel «Ángel» que puso en mi camino. A partir de aquel acontecimiento interpreto que algo estaba sucediendo en mi pensamiento, luego veo que me ayudó mucho el ambiente familiar, de tal manera que cuando le dije a mis padres, al poco tiempo, que quería ser sacerdote, después de haber hablado con el sacerdote que me confesaba en mi parroquia, mis padres lo aceptaron con naturalidad y siempre me ayudaron. Por otra parte, es de justicia resaltar que he estado siempre muy agradecido a nuestra Diócesis, porque me ayudó en todo momento a seguir adelante en el Seminario, mi padre era un obrero y no hemos tenido nunca recursos para sostener mis estudios, dependía la familia solo de su sueldo, que ya os imagináis que era flaco, así que entre las becas, los trabajillos del verano cogiendo fruta y la caridad íbamos tirando. Nunca me dijeron nada en el seminario cuando las cosas no iban bien económicamente, ¿cómo no estar agradecido a mi diócesis? Estoy eternamente agradecido.

El caso es, que cuando llegó el mes de septiembre hice el examen de ingreso al Seminario Menor y me aceptaron. Ese fue mi propedéutico, después a comienzos del mes de octubre, creo recordar, llegué al Seminario con mi colchón, como era preceptivo, y con todos los “arreos” para la cama y poca cosa más, además de mi ropa y lo elemental para el aseo. Así de sencillo. Aquella casa me parecía un sueño, por lo grande, rodeada de naranjos y campos de deporte, las clases y un enorme comedor, porque éramos unos 300 zagales. En mi curso entramos 103, como el coñac, pero de todos ellos sólo un servidor llegó a ser sacerdote. Fueron 6 años en aquel viejo edificio.

3. EL SEMINARIO MAYOR

a. Tiempo en Granada

No quiero pasar por alto la etapa de mi estancia en el Seminario Mayor de San Fulgencio en Granada, porque fue una experiencia determinante para nuestra formación. Que los seminaristas tuviéramos que ir a Granada, al menos, cuando nos tocó a nosotros, no fue un trauma, lo vivimos con toda naturalidad. Los obispos de la Provincia Eclesiástica vieron la conveniencia de potenciar la formación filosófico-teológica en la Facultad de Teología en Granada y el primer grupo fue en el año 1967. Mis recuerdos están centrados en que los cinco años de estancia allí, los vivimos con mucho gozo y como una experiencia muy positiva. La diócesis cuidó mucho de buscar una residencia que cumpliera las mejores condiciones para la vida del seminario. El curso en el que me incorporé fue el de 1969-70, llegué en un autobús de la REMAT junto a Don Damián Abellán, pero él iba de formador y yo de seminarista. En total éramos unos 45 seminaristas murcianos.

Aquella casa tenía una residencia sacerdotal y una casa de Ejercicios, regida por las hermanas Misioneras Cruzadas de la Iglesia, situada junto al puente del río Genil, en el Camino de Ronda. Nosotros ocupamos la parte de la Casa de Ejercicios. Naturalmente que las cosas de la casa era tema de las religiosas, pero el rector, formadores y director espiritual eran sacerdotes puestos por el obispo de nuestra diócesis. En la mayor parte del tiempo nuestro rector fue Don Damián Abellán, solo tengo palabras de agradecimiento para él y por el ejemplo de vida que nos dio siempre a todos. No recuerdo que le complicáramos mucho la vida. Por los años 80, el Sr. obispo nombró rector del Seminario Mayor a Don Juan Mendoza, y este le pidió que le acompañara como formador a su secretario, que era yo. Bueno, pues vuelta a Granada, pero al año y medio, por enfermedad de Don Juan, Don Javier Azagra lo encomendó a un servidor, puesto que ya estaba de formador. Poco tiempo después, dos o tres años, me tocó hacer las gestiones para la vuelta del seminario a la diócesis...

Es verdad que Granada estaba a 283 kilómetros de Murcia y que podría existir el peligro de sentir cierta nostalgia por la lejanía de nuestra diócesis, es posible, pero, que yo recuerde, no fue ese un problema que nos distrajera de lo central, que era estudiar. En Granada también se tuvo experiencias de pastoral en la ciudad y en algún pueblo de la periferia; los señores arzobispos nos confiaron algunas tareas. Lo que siempre hemos valorado era la maravillosa convivencia entre nosotros y, aunque debíamos caminar todos los días cinco kilómetros para ir a la Facultad, más la vuelta, no suponía ningún problema, nos venía bien.

La estancia en Granada durante aquellos veinte años fue variada, en etapas, en diversos barrios y residencias, pero siempre, rica y fructuosa. Recuerdo en este pequeño recorrido histórico que, el primer proyecto de los obispos fue hacer los cursos de filosofía con los PP. Dominicos en su centro de Armilla y después se pasaba a la Facultad de Teología en Cartuja con los PP. Jesuitas donde terminábamos el ciclo. Pero, sólo duró dos o tres años, ya que luego todos los estudios se hacían en Cartuja.

b. La vuelta y comienzo en Murcia

Como habréis podido observar, no he entrado en detalles, no estoy centrado en eso ahora, sino más bien en mis imborrables recuerdos de los dos momentos de mi vida granadina compartida entre los 5 años de mi estancia como seminarista y después, como formador y como rector, hasta el regreso del Seminario a Murcia en el curso 1986-87.

El comienzo del Seminario en Murcia fue muy interesante, lo afrontamos: Don Tomás Cascales Cobacho, Don José Fuentes Cano, formador en el Seminario Menor, Don Miguel Bobadilla, como director Espiritual y un servidor, como rector. Además, siempre contamos con venerables sacerdotes que nos ayudaron en esta tarea, como Don Dámaso Eslava, Don Juan Sánchez Díaz y los confesores... Mientras comenzó la andadura del Seminario Mayor San Fulgencio en Murcia, con el pequeño grupo de seminaristas, que estaban terminando en Granada, me ayudó mucho Don Miguel Pérez, porque yo estaba entre Granada y Murcia aquel primer año. Don Miguel vivía con nosotros desde hacía mucho tiempo y era profesor en Cartuja y catedrático en la Facultad de Filosofía de Granada, sección de semíticas. Don Miguel Pérez fue un ejemplo para todos por su capacidad de trabajo, de estudio, de responsabilidad, compañerismo y de buen humor con todo el mundo. Fuimos un gran equipo.

El comienzo del Seminario en Murcia. Esta tarea planteaba muchos temas que resolver, incluso antes de venir definitivamente, como era buscar el profesorado, la disponibilidad de Biblioteca, el centro de estudios y solo teníamos en aquel momento el edificio del Seminario Menor de San José, en el que ya no había seminaristas menores, puesto que se optó por un seminario menor en familia. Algunos recordarán que aquel edificio no reunía las condiciones para un Seminario Mayor, pero solo teníamos aquello. Y ¿cómo nos las íbamos a arreglar mientras las obras de adaptación, que se calculaban dos años? El Señor me puso delante de los ojos el edificio de Los Jerónimos, sí, lo que actualmente es la UCAM, ya que lo habían dejado unos años antes las religiosas Concepcionistas, que estuvieron viviendo allí mientras construían su nueva casa convento en la

zona de la Fuensanta, donde están en la actualidad. Propusimos al Sr. obispo ir a Los Jerónimos y nos dio el OK. Como veis, detrás de los problemas nos vinieron las soluciones, aunque de aquella manera, porque el monasterio de Los Jerónimos entonces era una ruina y vivir allí suponía un verdadero atrevimiento, pero fueron unos años preciosos, con mucha austeridad, eso sí, pero preciosos. Otra dificultad: ¿dónde íbamos a tener las clases, dónde poner en marcha el Centro de Estudios...?, pues, otra aventura. Pusimos sobre la mesa diversas ideas, que al final no salieron y nos dijimos, la diócesis tiene posibilidades y si esto es cosa del Señor, vamos adelante y nos pusimos manos a la obra.

El obispo Don Javier Azagra Labiano vio bien todas las propuestas que le íbamos presentando para afrontar la construcción nueva de este Centro de Estudios, primero y luego o al mismo tiempo, las del nuevo seminario mayor, para lo que también había que abordar algunas otras decisiones: Primero, los seminaristas que entraran en aquel año ya no irían a Granada se quedarían en Murcia; segundo, comenzaríamos las clases en Murcia. Tercero, había que hacer el plan de estudios y lo que llevaba esto, así que le comentamos al obispo la necesidad de una comisión que me ayudara en esta tarea y enseguida nombró Don Javier a Don Ginés Pagán Lajara, Don Raimundo Rincón con la ayuda de otros ilustres, entre otros al P. Isidoro, franciscano, que fue un regalo de Dios y de los PP. Franciscanos, que lo dejaron, con nuestro agradecimiento siempre.

En este tiempo se comenzó a diseñar el curso y, al mismo tiempo, hacer las gestiones con Salamanca para la afiliación a la Facultad. Esto ya estaba en marcha... Los trabajos en el resto del edificio iban a buen ritmo también, se podía ver el futuro Seminario sin tabiques... Pero se fueron cumpliendo los plazos.

La figura de Don Antonio León fue determinante, era la época donde Don Eduardo Sánchez Carrasco, estaba de ecónomo de la diócesis y Don Antonio, que se ocupaba de todos estos temas en la Administración diocesana. Así que, para comenzar no fue fácil, porque nos tocó sentarnos muchas veces con ellos para ver qué queríamos hacer y cómo se iba a pagar... Lo que queríamos lo diseñamos los sacerdotes del Seminario, porque conocíamos las necesidades. Pero cómo se iba a pagar... Otra vez, en camino para ver al Sr. obispo, pero fuimos con soluciones y tuvimos el visto bueno: vender el solar que la diócesis compró para construir en Granada el Seminario y vender la casa donde vivíamos, que en ese tiempo estaba en el Albaicín, junto al Convento de clarisas de Santa Isabel la Real y junto a la plaza de San Miguel bajo. De las cuestiones de la venta se encargaron Don Eduardo, Don Antonio León y un servidor, que los acompañaba en la aventura, porque me movía mejor en Granada. Idas y vueltas, palabras, visitas, menos mal, que Don Eduardo, que tenía dones espe-

ciales para eso del comercio y el mercadeo abrió todas las *baldomeras* que se iban presentando. Salió todo muy bien, con éxito.

Todo seguía su curso y a principio del 1987 se inauguró el Centro de Estudios, que fue lo primero que se terminó, luego el Seminario Mayor, casi al final de 1988, tal como lo conocéis ahora. Por supuesto, la Virgen, Reina de los Corazones, la Señora, volvió a la escalera, donde había estado siempre en el Seminario Mayor, excepto el tiempo que sufrió un secuestro. Aquello era digno de una película: unos seminaristas, a la vuelta de la Facultad repararon en un anticuario de la calle Elvira y la vieron, su proceder fue de la mejor escuela policial, porque entraron a comprobar si era o no la imagen con otros pretextos, y al ser positiva la indagación, montaron guardia en la puerta del anticuario y esperaron a que llegara la policía. Al rato entraron unos muchachos y salían con la imagen, pero nuestros intrépidos «agentes» y vigilantes de la Señora los detuvieron, increpándoles para que no se llevaran esa imagen. Al final, todo quedó en un pequeño susto, porque aquellos hombres eran los policías de paisano, que hicieron el rescate. Después felicitaciones del comisario por la gestión de nuestros aguerridos inspectores, por su astucia nos entregaron la imagen, que fue recibida con solemnidad. La corona, el corazón y el cetro no sufrieron el robo porque se ponían a buen recaudo en el tiempo de vacaciones.

Esta historia de la restauración del Seminario en Murcia está contada brevemente, pero lleva dentro muchos nombres, mucha gente que colaboró, muchas ilusiones, muchas ganas de hacer lo que la Iglesia nos estaba pidiendo, la gran colaboración y participación fue de todos los seminaristas, que estaban implicados en un proyecto que supuso austeridad, ilusión, sencillez y mucha heroicidad, os lo puedo asegurar. Los seminaristas de entonces fueron determinantes, por la calidad humana y por cómo tomaron conciencia de la situación, creo que hicieron lo que podríais haber hecho vosotros si lo hubierais vivido. Nunca hubo quejas por las condiciones en las que vivíamos todos, dada la austeridad, pero nos acompañó la gracia de Dios con la fuerza del Espíritu Santo, porque, ¿de dónde salían las fuerzas para llevar adelante una pastoral vocacional, por ejemplo, tan amplia y con tanto mimo? La Reina de los Corazones estaba muy presente en la vida de nuestra casa, Ella fue la que nos condujo para la aceptación de la sencillez, pobreza, sacrificio y alegría de aquella maravillosa comunidad del Seminario, que en el año 1989 estaba formado ya por 55 seminaristas mayores. Tengo que decir a favor de la verdad, que la Iglesia de Cartagena estuvo *de diez* en aquella aventura, porque apostó por una realidad importante y necesaria; los sacerdotes se tomaron mucho interés por los temas de pastoral vocacional y todo el mundo estaba contento de volver a tener el Seminario aquí, de tal forma que colaboraron mucho en su sostenimiento, con

sus ayudas, con oraciones, especialmente los sacerdotes. Aquel acontecimiento marcó época, ¡Gloria a Dios! Y pasó una tarde y pasó una mañana...

4. ORDENACIÓN SACERDOTAL Y PRIMEROS PASOS

El año que viene, Año Santo en la Iglesia, cumpliré 50 años de sacerdote, si Dios quiere. Parece que fue ayer, pero lo vivo como un enorme regalo del Señor. Como todos los sacerdotes, fui con mucha ilusión, cargado de esperanza y deseando servir donde me pidiera la Iglesia, me daba igual donde fuera, porque no tenía preferencias, me ordené sin condiciones y todo me venía bien. Es verdad que no había hecho otras previsiones, salvo las de hacer los Ejercicios Espirituales para la ordenación, pero nada más, ni siquiera busqué a un fotógrafo que hiciera las fotos para el recuerdo, de eso se encargó mi paisano, Don Salvador Soler, que fue quien lo buscó y yo me lo encontré por allí; tampoco lo llamamos para nuestra ordenación de diáconos, ni Patricio Ros, ni un servidor, no pensamos en esas cosas. Es verdad, que agradezco a Don Salvador su iniciativa, porque ha sido un recuerdo inolvidable y lo disfrutó mucho mi madre. El refrigerio que se ofreció a la gente después de la ordenación fue gracias a la iniciativa de Don Francisco Pagán García, el párroco de Espinardo, que pidió a «Estrella de Levante» algunas cervezas y se las trajeron. Con cerveza y con un «puñao» de cascaruja para cada uno celebramos el banquete, que fue en el colegio de las monjas de la Consolación, frente a la parroquia. Verdaderamente aquel fue un día inolvidable.

Me ordenó Don Javier Azagra el día de San Pedro de 1975, a las 10 de la mañana; elegí ese día porque me dije que sería fiesta siempre, pero me equivoqué, porque al poco tiempo lo hicieron laborable. Os podréis imaginar que yo estaba muy feliz, que no cabía en mi cuerpo... Me imagino, que como todos los que han llegado al sacerdocio, una cosa normal en esos momentos.

a. Los criterios que me han ayudado en mi sacerdocio

1. Es evidente que los estudios de teología y toda la ayuda durante el tiempo del Seminario, en lo referente al sacerdocio, la espiritualidad de un cura diocesano, los testimonios que escuchaba de los sacerdotes que nos visitaban, el cuidado del director espiritual que nos fue formando en la vida interior... el rector, los formadores, los libros que nos iban recomendando y el magisterio del papa y de los obispos que hemos tenido... y mis mismos compañeros, que fuimos una familia, me han influido. Pero recuerdo muy a menudo las palabras del papa san Pablo VI, en una homilía del año que yo me ordené. El papa

decía que sea cual fuere el modo concreto como la vocación ha resonado en lo profundo de la conciencia y en la realidad exterior de la experiencia, cada sacerdote tiene muy grabado este hecho que califica su vida: *Yo te he elegido... y para todos, siempre la misma voz dulce, liberadora, imperativa: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres»*⁴. Me imagino que estas palabras os conmueven a vosotros igual que me movieron a mí por dentro, siempre las he recordado y me he identificado con ellas: *¡Dichoso el que ha tenido la gracia, la sabiduría, la valentía de escuchar y acoger esta vocación determinante! Ella ha trastornado los proyectos normales y seductores de la vida de un hombre; le ha arrancado de la compañía de los seres queridos; le pide incluso la renuncia al amor conyugal, para exaltar una plenitud excepcional de amor por el Reino de los cielos, por la fe, es decir, por la caridad hacia los hermanos... y acogiendo su oblación le ha insertado en la dramática aventura de seguir a Cristo.*

Tomé conciencia de que el sacerdocio no era algo para mí solo, no era mérito mío, no era el fin de mi «carrera», sino que fui ordenado para la Iglesia, para la comunidad de hermanos, para el mundo y, sobre todo, el ministerio tenía que ser apostólico y misionero, como nos está pidiendo ahora el Santo Padre, el papa Francisco en este tiempo de sinodalidad: *comunión, participación y misión*. San Pablo VI, en la misma cita decía que *El sacerdocio es caridad. ¡Pobre de quien cultivase la opinión de poder hacer de él un egoísmo útil!* Es impresionante el sonido de estas palabras que me las había aprendido de memoria y han dado luz a mi sacerdocio. Se trataba de no buscar en el sacerdocio beneficio propio, ni el propio provecho, ni mi comodidad. Pero todavía siguió el santo papa diciendo: *¡El mundo os necesita! ¡el mundo os espera! Incluso en el grito hostil que lanza tal vez hacia vosotros, el mundo denuncia su propia hambre de verdad, de justicia, de renovación, que solamente vuestro ministerio podrá satisfacer. ¡Sabed recoger como una invitación hasta el mismo reproche que quizás, y muchas veces injustamente, lanza el mundo contra el mensajero del Evangelio! Sabed escuchar el gemido del pobre, la voz cándida del niño, el grito expresivo de la juventud, el lamento del trabajador fatigado, el suspiro del que sufre y la crítica del pensador. ¡No temáis! ha repetido el Señor. Estas cosas nunca se me han olvidado.*

2. Otro acontecimiento clave, que me influyó mucho fueron las palabras de un obispo argentino, las de Mons. Enrique Angelelli⁵, que pasaba por Granada

4 PABLO VI, *Homilía en la ordenación sacerdotal con motivo del Año Santo 1975*.

5 Enrique ANGELELLI, fue beatificado en La Rioja (Argentina) el 29 de abril de 2019. Este obispo de La Rioja murió en un accidente de tráfico y cuentan que fue provocado, que murió mártir. *Enrique Angelelli y sus compañeros mártires fueron inscriptos como beatos de la Iglesia Católica. Cuando el enviado del Vaticano, Angelo Becciu leyó el documento del*

y estuvo en nuestro seminario durante un tiempo, porque tuvo que salir de Argentina, sus palabras influyeron muchísimo en mí. Esto fue en 1974, durante el curso en el que me iba a ordenar de diácono, cuando nos dijo que para ser sacerdotes debíamos tener abiertos los dos oídos, uno, para escuchar las voces de la gente y poder decírselas a Dios y el otro, abierto a Dios, para poder decirle a la gente lo que he escuchado del Señor. También están grabadas en mi memoria.

3. Otro tema, que me ayudó mucho por aquella época de ordenaciones fueron los sermones de san Agustín que leemos en el Oficio de lecturas al final del verano⁶ sobre los pastores. El sacerdote es un llamado a ser pastor, según el estilo de Jesucristo. Parte siempre de la conciencia de que el único Pastor es Él y nosotros participamos de su misión. Todos los protagonismos y convencimientos personales que rompan la unidad del rebaño hay que dejarlos, porque no ayudan. El sacerdote, en su ministerio pastoral, debe transparentar el amor a la Iglesia en todas las actividades, porque las ovejas no son suyas, sino de Cristo, y el Señor le pedirá cuentas del amor que haya puesto en esta tarea, de si ha dado la vida por el rebaño que le ha sido encomendado. El pastoreo es un ejercicio de amor. El modelo de ser pastor lo tenemos en Jesucristo, que ha dado la vida por sus ovejas (Jn 21,18-19).

Es que Dios llama al sacerdote a dar la vida, a entregarla día a día en el ejercicio del misterio, a renunciar a uno mismo. La renuncia a uno mismo lleva consigo una batalla continua contra el yo, contra los propios gustos e intereses personales... En la espiritualidad sacerdotal entra la aceptación de la cruz, el amor a la cruz, no por morbo, sino porque en ella estuvo clavado Nuestro Señor Jesucristo y es un camino de amor, como recordamos este Año Jubilar de Caravaca de la Cruz. Este elemento es esencial para ser un buen pastor: un yo medianamente purificado y una afectividad madura, es decir, tener capacidad para juzgar objetivamente la realidad, pero con la serenidad de haberlo hecho después de escuchar la voz de Dios.

El sacerdote se entrega a la misión evangelizadora sabiendo que no es el objetivo el pasarlo bien sino cumplir el encargo del Señor, para que la gente crezca y llegue a ser santa: *¡Ay, de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!* (Ez 34). Todo va en la misma dirección, ¿cómo no vas a escuchar la voz de los santos y de los maestros? Alguien puede ignorar el testimonio de San Pablo, si es normativo para el que ha consagrado su vida al Señor sirviendo

papa Francisco que los proclamaba así, los aplausos y la ovación conmovieron al Parque de la Ciudad, en la capital de La Rioja (Publicado en el diario *La Voz* del Interior. Córdoba. Argentina).

6 LITURGIA DE LAS HORAS, *Oficio de lecturas*, desde el domingo XXIV del Tiempo Ordinario, hasta el viernes de la semana de XXV.

a todos. Cada vez que leo la *Primera carta a los Tesalonicenses* me gusta más y es una oportunidad que me sirve para rezar, para pedirle a Dios que me haga ser como actuó San Pablo: “*nos comportamos afablemente con vosotros, como una madre que cuida de sus hijos con amor. Tanto os queríamos que ansiábamos entregaros, no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas. ¡A tal punto llegó nuestro amor por vosotros!* (1Tes 2,7-8). Esto afecta también a cada uno de nosotros para que cuidemos nuestra actitud ante los demás, incluso para cambiar el carácter o controlarlo, si es el caso, mi carácter no debe ser una excusa para tratar mal a nadie.

Me influyeron mucho los documentos del Concilio: los *presbíteros son hermanos entre los hermanos... puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad de la caridad y les corresponde armonizar, de tal manera las diversas mentalidades, que nadie se sienta extraño en la comunidad de los fieles. Los presbíteros son defensores del bien común... y al mismo tiempo, asertores intrépidos de la verdad, a fin de que los fieles no sean llevados de acá para allá por todo viento de doctrina*⁷.

Todo esto sigue siendo determinante para mí, son los pilares donde he ido sosteniéndome, no es solo producto de la mentalidad de la época, es la Iglesia, lo que se nos pide a todos en cualquier tiempo y lugar, es lo esencial y yo he tratado de cumplirlo. Digo que he tratado, ya os podréis imaginar que no me estoy poniendo como ejemplo para nadie, porque tengo muy claro que no puedo dejar de ponerme de rodillas en el sacramento de la penitencia.

b. El tiempo del servicio como sacerdote y las diversas responsabilidades

A esto no le voy a dedicar mucho tiempo, porque ya sabéis mi itinerario, dónde he estado desde la ordenación y todo lo que se me ha pedido. Me vais a permitir que no me detenga en ningún sitio ahora, porque eso lo podéis encontrar con mucha facilidad, pero sí que os diré que mi vida ha sido apasionante desde el principio, que nunca pedí nada y todo lo que se me ha encomendado lo he aceptado con mucha ilusión, lo digo de todo corazón, porque soy de la opinión de que no hay parroquia u otra realidad pastoral que sea mala, a nosotros no nos envían a los edificios, ni a la gestión económica, sino a las personas y lo cierto es que he ido con ilusión, me han acogido siempre muy bien, tanto los hermanos sacerdotes más cercanos, como los fieles. De los edificios, nombrarlos no quiero, pero he pasado de todo, casi siempre eran mejorables,

⁷ CONCILIO VATICANO II. *Presbiterorum Ordinis*, Decreto sobre el Ministerio y vida de los Presbíteros, 9.

pero esto no tiene importancia, viví en una casa con las losas del suelo casi todas levantadas y era muy divertido, porque parecía que estaba ensayando en un gran piano, cada losa tenía su sonido..., pero no hay problema, cuando puedes arreglas primero lo más necesario y lo demás puede esperar y las losas esperaron. Eso es lo que hace todo el mundo, ¿no? Los laicos son el eje de una seria participación en lo pastoral, es necesario ponernos todos a trabajar en los diversos consejos, así como en los temas de la economía de la parroquia... Si los consejos funcionan bien, la parroquia irá de maravilla.

La labor del sacerdote es necesaria en la iglesia, pero os aseguro que es mucho más apasionante encontrarte con gente que propone cosas, que participa, gente con ilusiones vivas para ayudar a otra gente, como los voluntarios de Cáritas, los de las conferencias de San Vicente, los de Jesús Abandonado, o de cualquier grupo que da de comer, que enseña un oficio, que ayuda a los enfermos... Es mucho más apasionante escuchar propuestas, proyectos, atender necesidades, visitar a los enfermos, a los ancianos, organizar campamentos con los jóvenes con un montón de monitores y padres que se hacen cargo de la cocina y de la despensa. ¿No es un privilegio cuando la gente viene a contarte lo más íntimo de su intimidad a ti, que eres tan frágil como ellos, pero que se fían, simplemente, porque eres un ministro del Señor? ¿No os parece extraordinario participar en un grupo de oración o de estudio con la gente de tu parroquia?

Tantas necesidades y sabes que no lo puedes resolver todo, vas aprendiendo a ir poco a poco, manteniendo los brazos en alto, como Moisés, y confiando en su respuesta, porque siempre escucha, ayuda y cumple su palabra. Dios va llevando nuestra historia con serenidad incluso en los momentos de más tensión, no te los quita, pero notas la fuerza de su mano. Personalmente, tengo la experiencia de que no tienes tiempo para estar solo, ni para aburrirte, por eso no te buscas otros entretenimientos, ni siquiera si tienes una casa más bonita o más fea, porque otras cosas son mucho más urgentes: las necesidades de los que se te han confiado, tanta gente muy herida, con muchos dolores, muchas veces perdida, así que tu atención está más cerca del Señor que sufre en silencio, que vive en la calle, con el que tiene problemas evidentes, con las víctimas de la droga, de las soledades o de las violencias. También, en otros momentos te arrodillas ante el sagrario pidiendo fuerza, pidiendo perdón, intercediendo o suplicando... Sí, es verdad, esto para mí es más apasionante.

Sin entrar en particularidades, diré que la primera parroquia en la que estuve como vicario parroquial fue en Totana, en la parroquia de Santiago el Mayor, allí aprendí mucho de mi párroco, Don Domingo López Marín, que en paz descanse y fue un gran cura. En aquella casa parroquial vivimos los tres curas que atendíamos toda una gran zona. Cada uno tenía sus tareas, llevábamos Totana

y todas las ermitas del campo, más la Santa y con nosotros estaba Don Antonio Martínez Cánovas, q.e.p.d., se encargaba de Cantareros, Paretón y Cañadas de Romero; los tres estuvimos como profesores en los dos institutos. La gente era extraordinaria y nosotros trabajamos como leones. Después de cinco años allí, me llamó Don Javier como su secretario personal, admiraba su entrega, nunca tenía tiempo para él, todo era darse, entregarse, tenía un memori3n enorme y su coraz3n era del mismo tama3o. Durante ese tiempo conocí todas las parroquias de la di3cesis y a todos los curas, fue un regalo, pero mi tarea era más amplia, porque además de ser su secretario, me solía pedir que sustituyera a curas que se ponían enfermos o necesitaban reposo, así que fui capellán de monjas en El Bojal y llevando la parroquia de allí; luego, en Los Dolores de Murcia...; también como consiliario diocesano del Movimiento Junior... Mi domicilio era Espinardo, en casa de mis padres.

No quiero olvidar nada de Lorca, ni de la parroquia de San Mateo, ni de la ciudad de Lorca, ni de aquella zona pastoral. Eran mi familia y fueron diez años, un tiempo muy especial de mi vida, la gente de San Mateo la llevo grabada en el coraz3n, porque marcaron mi vida. Nunca he olvidado a todos los curas de Lorca y de la zona con los que he trabajado muy estrechamente y están grabados en mi piel, nos tratamos como amigos, más aún, como hermanos. ¡Cuántos recuerdos! También fueron importantes San Nicolás y San Miguel de Murcia, parroquias que me confi3 el obispo Don Manuel Ureña. Solo puedo decir, gracias.

Tuve la gran suerte, durante todas las etapas de párroco y vicario de estar con sacerdotes, recién salidos del seminario, que me ayudaron mucho. Nunca he dejado de dar gracias a Dios por todos ellos, han sido ejemplares, trabajadores, entregados, con mucha energía y muchas cualidades. Hice lo que supe, los he valorado mucho, pero les pido perd3n, por si alguno no se sintió tratado como un hermano, aunque en lo hondo de mi ser tengo un mont3n de razones para darles gracias.

5. COMO OBISPO, QUE MI VOLUNTAD COINCIDA CON LA DE CRISTO

El tema es cómo comenzar, por dónde hay que caminar, ¿a qué me tendré que enfrentar yo?... Estas y muchas más preguntas te vinieron a la cabeza el mismo día en el que fui llamado para este ministerio, la vida pasa rápido, tan veloz como las golondrinas, pero es importante saber tener paciencia, saber esperar, darles descanso a esas golondrinas. Es verdad que todos tenemos experiencia de servicios en la Di3cesis y tienes la seguridad que los temas más esenciales siempre están ahí, no los puedes resolver o afrontar inmediatamente,

dependen de tantas cosas: de la voluntad de las personas o de si han conocido verdaderamente a Jesús o de si se han convertido verdaderamente..., por eso, paciencia, todo llegará a su tiempo y es bueno decirte: tú confía y camina, que otros ya han trabajado aquí.

En nuestra vida de sacerdotes en la Diócesis es cierto que tu punto de referencia es el obispo y eso te sitúa y te ayuda a seguir en lo que se te ha confiado. Pero, cuando el obispo eres tú... es entonces cuando vienen los primeros dolores de cabeza. Y te sigues diciendo, tranquilidad, porque el que va delante es el Señor. Si alguien me dijera: ¿cómo puedes explicar esto? Mi respuesta sería: no lo sé, pero lo cierto es que nunca me he sentido ni perdido, ni solo en esta aventura y tengo certeza de que el Señor ha sido el que ha ido delante y me ha sostenido en todo momento. Bueno, si tuviera que responder ahora a aquella pregunta lo haría con las mismas palabras de un gran teólogo, y maestro, que luego fue papa, me refiero al papa Benedicto XVI, cuando les dijo a unos seminaristas en la ordenación de diáconos: *Se entra en el sacerdocio a través del sacramento; y esto significa precisamente: a través de la entrega a Cristo, para que él disponga de mí; para que yo lo sirva y siga su llamada, aunque no coincida con mis deseos de autorrealización y estima. Entrar por la puerta, que es Cristo, quiere decir conocerlo y amarlo cada vez más, para que nuestra voluntad se una a la suya y nuestro actuar llegue a ser uno con su actuar*⁸.

Algo habrá hecho el sacramento de la ordenación, porque yo quise entrar por esa puerta, porque le dije que SÍ a Cristo y quería hacer, aunque inexperto todavía, la Voluntad de Dios. Tenía muy claras y muy dentro de mí las palabras de santa Teresa de Jesús: *¿Qué mandáis, pues, buen Señor, /que haga tan vil criado? /¿cuál oficio le habéis dado /a este esclavo pecador?/ Veisme aquí, mi dulce Amor, /Amor dulce, veisme aquí, /¿qué mandáis hacer de mí? Veis aquí mi corazón, /yo lo pongo en vuestra palma /mi cuerpo, mi vida, mi alma, /mis entrañas y afición; /dulce esposo y redención, /pues por vuestra me ofrecí, /¿qué mandáis hacer de mí? Dadme muerte, dadme vida, /dad salud o enfermedad, /honra o deshonra me dad, /dadme guerra o paz cumplida, /flaqueza o fuerza a mi vida, /que a todo diré que sí...⁹*. Estas sí que son unas palabras, que medito siempre y que me ayudan a vivir en obediencia y en esperanza.

Todavía guardo la carta que le envié al Sr. nuncio, Mons. Monteiro, a los siete meses de mi ordenación. Os lo cuento, para que veáis mi yo interior, es otro dato: *Estoy en el séptimo mes desde mi ordenación episcopal y quisiera expresar mi alegría todo lo fuerte que pudiera, porque he podido comprobar*

8 BENEDICTO XVI, *Homilía de ordenación de diáconos, el 7 de mayo de 2006*.

9 TERESA DE JESÚS, *Poesías*, en *Obras Completas*, Madrid: BAC, 1967, 501.

cómo me quiere el Señor, cuando me hace descubrir cada día que no todo son caminos de rosas, que uno se encuentra también espinas y dificultades, que hay que hacerles frente con la valentía regalada por el Espíritu. Estoy potenciando más la vida espiritual, porque si he de velar por la santidad del pueblo de Dios no puedo descuidarme... En estos meses me he limitado a escuchar, a ver, acercarme a los sacerdotes, que los estoy llamando uno a uno (...) y los escucho con atención. Ya he llamado a unos 40 (...) De esta tarea saco dos cosas, conocer a los sacerdotes personalmente y conocer la diócesis desde otras ópticas (...) Ya me quedan pocos pueblos que visitar (...) Me llama la atención por la cantidad de mayores, pocos niños... y estoy hablando siempre, a unos y a otros, que debemos ser hombres de esperanza, transmitir ilusión, descubrir los valores que hay en cada uno de nosotros, don de Dios... para que no se dejen llevar de la desesperanza y de decirse: “aquí no hay nada que hacer”. (...) Este año han entrado dos seminaristas más al Seminario Mayor, ya se ha duplicado el número, en total hay cuatro y espero que el Señor nos siga bendiciendo con más vocaciones¹⁰.

a. La tarea, responder con amor y sin temor

Esto es lo primero que más te ayuda en el ministerio, en el día a día, responder siempre con amor, sin temor. Con los laicos, los sacerdotes y religiosos, en los pueblos o en las celebraciones vas viendo lo que decía el Señor, que la mies es mucha y también que en el mundo existen muchas fuerzas que quieren apartar al hombre de su verdadera esencia, la de ser imagen de Dios. Observas que **los poderes de este mundo son muy astutos y apelan a la libertad, cultura, ciencia...** pero, lejos de ayudarte a madurar, te pierden en las tinieblas del sinsentido, del relativismo, narcisismo... en definitiva, en las redes del pecado, si te dejas llevar por ellos. Las dificultades para hablar hoy de Dios a un mundo que ha cerrado los oídos por el ateísmo, indiferencia religiosa, excesiva admiración del hombre hacia sí mismo, consumismo¹¹..., nos deben estimular a seguir escuchando la voz de Dios que sigue saliendo a los cruces de los caminos invitándonos a ser sus testigos, heraldos de Buenas Nuevas, promotores de esperanza, expertos en humanidad, mensajeros del Reinado del Dios vivo, a ser «hospitales de campaña», como dice el papa Francisco, por la cantidad de gente herida que te encuentras cada día en el camino.

10 Carta al nuncio, Mons. Monteiro, al cumplir siete meses de obispo.

11 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo*, 21-22.

Uno sabe al comienzo de la tarea, lo sabemos todos, que la Iglesia es continuadora de la obra de Jesucristo en el mundo¹², que es la luz que disipa las tinieblas del pecado con la fuerza renovadora del Evangelio¹³. Y en ella, Dios, que conoce el corazón del hombre y sus necesidades, no ha dejado nunca de llamarnos a participar en la misión de Cristo¹⁴, es su propia vocación, ser evangelizadora¹⁵. Cada cristiano recibe una llamada irrepetible y peculiar, es una llamada a la fe, a la santidad, al apostolado, a unos servicios concretos... Dios siempre lleva la iniciativa¹⁶ y se hace presente en nuestras vidas clara y nítidamente, no dejando dudas de que es el Señor quién sale a nuestro encuentro con este precioso don gratuito. El papa san Juan Pablo II le llama a esto *un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que, responde a Dios en el amor*¹⁷. Esto lo ha hecho el Señor desde siempre, porque no ha podido desentenderse de nosotros, ni dejarnos a nuestra suerte, simplemente porque su amor es eterno y verdadero y quiere que *todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4).

Nuestro ministerio es una respuesta a la gracia de un encuentro personal con Jesucristo que llama para estar con él y para una tarea apostólica (Cf. Mc 3, 13-14) y a la santidad¹⁸. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). La vocación es llamada a una amistad, una confianza por parte de Dios, que llama: *Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio* (1 Tim 1,12), y una confianza en Dios por parte de quién es llamado: *... yo sé bien en quién tengo puesta mi confianza, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día...* (2 Tim 1,12). Esta realidad siempre

12 Cf. Mt 28,18; *Lumen Gentium*, 5; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *o.c.*, 10.

13 Rom 10, 13-15: *Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?*

14 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica. *Pastores dabo vobis*, n. 35, publicada el 25 marzo de 1992: *La vocación cristiana, en todas sus formas, es un don destinado a la edificación de la Iglesia, al crecimiento del Reino de Dios en el mundo.*

15 Cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica postsinodal, *Evangelii Nuntiandi*, 1975.

16 JUAN PABLO II, *o.c.*, 35.

17 JUAN PABLO II, *o.c.*, 36.

18 Cf. FRANCISCO, Exhortación Apostólica, *Gaudete et exultate*, 10-18: *Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él.*

está presente en la mente de uno que ha vivido esta experiencia con sencillez y que no la quiere abandonar lejos de su memoria.

Todavía me siguen impresionando mucho las palabras del papa san Pablo VI cuando les explicaba esto a los ordenandos, como cité anteriormente: *¡Dichoso el que ha tenido la gracia, la sabiduría, la valentía de escuchar y acoger esta vocación determinante!*¹⁹. Esto mismo nos lo recuerda el Santo Padre, papa Francisco, en el discurso de inauguración del Sínodo con otras palabras: *estoy seguro de que el Espíritu nos guiará y nos dará la gracia para seguir adelante juntos, para escucharnos recíprocamente y para comenzar un discernimiento en nuestro tiempo, siendo solidarios con las fatigas y los deseos de la humanidad*²⁰.

Cualquiera de nosotros, sacerdotes, consagrados y laicos sabemos lo que significa poner a Cristo en el centro de nuestra vida y todo lo que supone vivir y crecer en cristiano. Son muchas las experiencias que hemos vivido, todos hemos afrontado retos que parecían imposibles, situaciones más o menos dolorosas, desconcertantes, admirables o gozosas ¿Quién no ha tenido experiencia de haberse alejado de las cosas de Dios, como unos nuevos hijos pródigos en algún momento concreto de su vida? Pero, el Señor se ha valido de muchas mediaciones para ayudarnos a volver a la casa del Padre, a encontrarnos de nuevo en el gozo de la familia de la fe. En estas circunstancias es cuando hemos reconocido el regalo que nos hace Dios, los valores que nos mueven, como dice el papa Francisco: *Estamos llamados a la unidad, a la comunión, a la fraternidad que nace de sentirnos abrazados por el amor divino, que es único*²¹.

c. Responder con amor frente a las adversidades

En toda vocación el Señor nos asegura que siempre estará con nosotros y eso es lo que nos ayuda a seguir adelante, porque si me preguntáis si he tenido corona de espinas a lo largo de este ministerio, os puedo decir que sí, que es real, ¡claro que la he llevado! Muchas veces te encuentras frente a un inmenso dolor, del que prefiero no hacer ningún comentario, porque en muchas ocasiones surge, precisamente porque eres el obispo y, por lo general, las causas son la frágil condición humana, el pecado, las debilidades..., situaciones en las que no tienes más remedio que acudir al Señor, porque no puedes arreglarlo con nadie más, solo con Dios. Os confieso que en alguna situación, estando con la corona de espinas bien clavada en tu cabeza, me ha venido la tentación de decir, no puedo más, le escribo al Santo Padre y... Pero, siempre me he dicho, *paciencia*,

19 PABLO VI, *Homilía en la ordenación sacerdotal con motivo del Año Santo 1975*.

20 FRANCISCO, *Discurso de apertura del Sínodo*.

21 FRANCISCO, *Discurso de apertura del Sínodo*.

José Manuel, serenidad, confía en Dios, porque Él nunca ha estado ausente y ha dado la cara. Puedo asegurar que me ha dado resultado, me ha consolado y nunca me he sentido perdido, aunque no sé cómo se las ha arreglado el Señor, no se lo he preguntado, pero ha sido una puerta abierta a la presión del sufrimiento. No hay ningún secreto para esto, basta con poner a Cristo en el centro de tu vida, yo doy testimonio de que nunca me ha defraudado el Señor, porque el amor nunca defrauda, como dice San Pablo (cf. 1Co, 13, 4-8) y, luego, es importante conseguir tener dulzura de carácter, cosa que he pretendido hacer siempre, aunque de esto me juzgará el Señor cuando me presente delante de Él.

De todo lo demás, el quién, el cómo de las situaciones concretas, los nombres..., no me acuerdo, no tiene importancia, no tengo anécdotas, nunca he querido guardar memoria de los sinsabores, de los fracasos, de las dificultades, sufrimientos, de alguno que ha querido hacerte daño... ¡claro que los ha habido!, ¿pero para qué sirve guardarlo en la mochila? Cuando caminas, si aligeras el peso, mejor. Es verdad que estas cosas te ayudan a revisarte y a corregir errores, a mí también me han servido, pero no he querido ser un portador de angustias o tristezas, de lo que he sufrido... hay que poner fin a las historias, a los cuentos, a los dimes y diretes, ya que el camino es largo y un cristiano está llamado a anunciar una Buena Noticia, la esperanza, la fuerza de la fe, pero siempre con cara y corazón alegres, y no presentarte ante los demás como un escaparate de sufrimientos, dolores, heridas, angustias, malestares e incomodidades... No es bueno presentarse siempre como una víctima de todo y de todos, no, a un evangelizador no le pega eso, de él se espera otra cosa. Esto es verdad, lo creo sinceramente, no son palabras, palabras, palabras.

d. Lo que espero y lo que haré

Para terminar, a estas alturas, en mi circunstancia concreta solo espero dos cosas. La primera, haber hecho decentemente lo que se me encomendó por parte de la Iglesia, aunque no soy yo un buen juez de mí mismo. Si me preguntaran directamente que lo valorara no me iba a resistir, diría que lo he intentado, que he pasado por la vida teniendo buena voluntad, tratando de dejar en terreno mejor de lo que me encontré, que he mirado muchas veces al cielo y nada más, sin tirar cohetes. Nunca he pretendido hacerle daño a nadie.

En segundo lugar, espero y confío en la misericordia de Dios. El Señor sí sabe muchas más cosas y su sabiduría llega hasta los pliegues más íntimos de mi intimidad, por eso confío que me seguirá ayudando para que yo sea capaz de superar los mínimos requisitos y que me dé un “empujoncico” con la ayuda de la Santísima Virgen María, San José y los santos y, por supuesto, con

vuestras oraciones, para poder espabilar y participar del gozo de su presencia eternamente.

Finalmente, a grandes rasgos, porque nadie es dueño del futuro, que solo depende de Ntro. Señor, os cuento brevemente mis intenciones: Un servidor fue llamado al episcopado por gracia de Dios y de la Sede Apostólica, nada tenía, solo lo necesario para ir viviendo, así que esta es mi decisión, dejarme llevar de la providencia divina, porque quiero ser libre y ligero de equipaje. He pensado que lo que he ido ahorrando durante todo este tiempo lo entregaré a la diócesis, porque la diócesis se ha portado siempre muy bien conmigo; así como todo lo recibido con motivo de mi ordenación episcopal: la cruz pectoral, el anillo y el báculo... los entregaré a la custodia catedral. El cáliz y la patena de mi ordenación los dejaré en el Seminario San Fulgencio, donde me formé; también está en mi recuerdo la parroquia de San Pedro de Espinardo, donde recibí el bautismo, la confirmación y donde celebré la ordenación sacerdotal. Poco a poco me iré desprendiendo de las otras cosas que me han acompañado durante mucho tiempo, porque hay que estar preparando las maletas y no quiero que pesen. Soy hijo de la Iglesia e hijo de obediencia, para cuando el Santo Padre acepte mi renuncia estar disponible. Seguro que me costará, pero es mejor irse desnudo como los hijos de la mar. Rezad por mí.